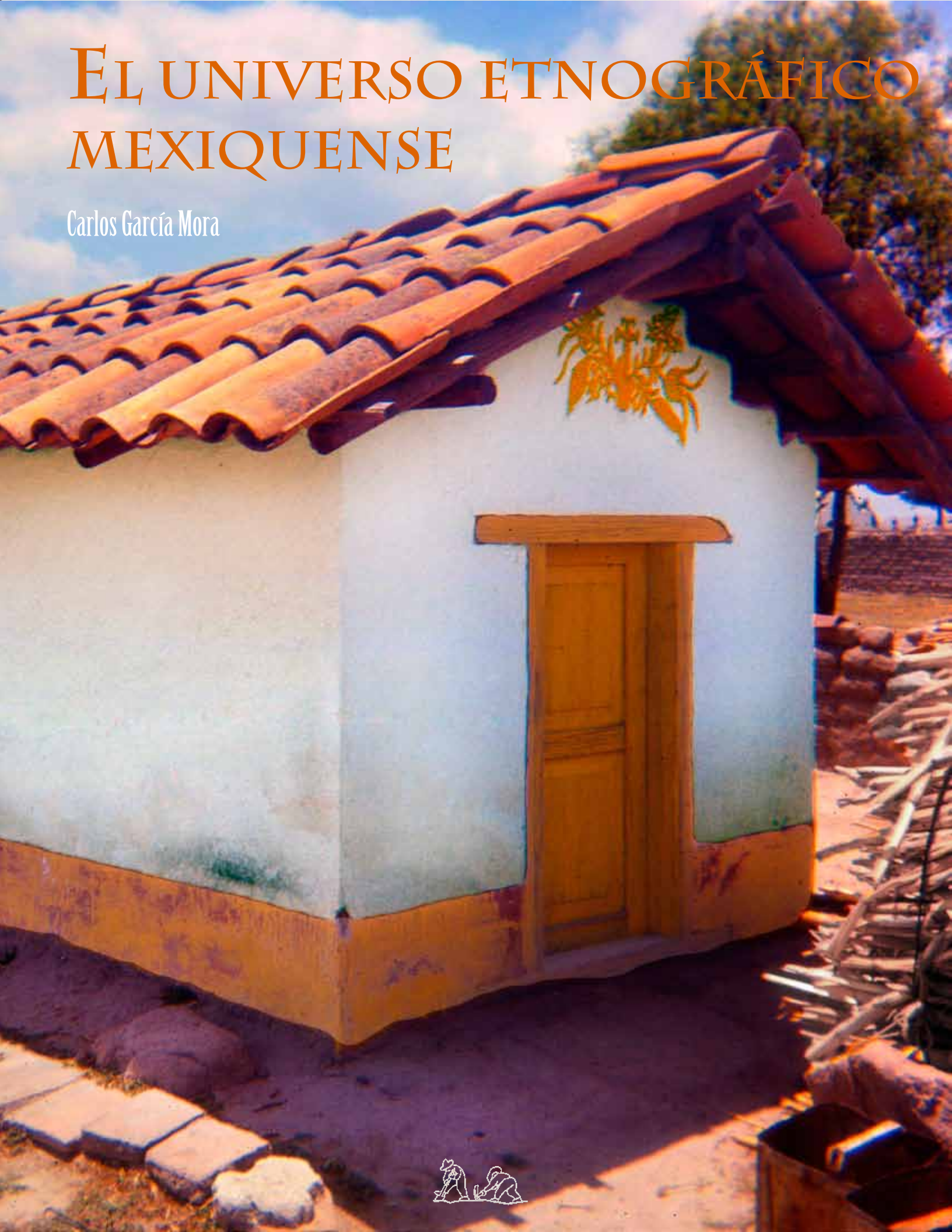
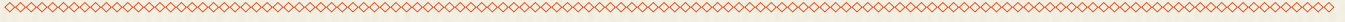


EL UNIVERSO ETNOGRÁFICO MEXIQUENSE

Carlos García Mora



EL UNIVERSO ETNOGRÁFICO MEXIQUENSE



Fascículos



San Tequixtilla

4194 Q

Ozumba

Camino

Amagvemecon

Po de Atlix

2528 Q

Cimalhuacan

4216 Q

Nepantla

EL UNIVERSO ETNOGRÁFICO MEXIQUENSE

RESEÑA DE *LOS PUEBLOS INDÍGENAS DEL ESTADO DE MÉXICO*

Carlos García Mora

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Dirección de Etnohistoria



TSIMÁRHU
Estudio de etnólogos

García Mora, Carlos:
El universo etnográfico mexiquense.
Reseña, 1ª ed. digital, México, Tsimárhu Estudio de Etnólogos, 2017,
24 pp. en PDF con fts. (Fascículos).

Portada:

Oratorio mazahua

(Santo Domingo de Guzmán, Mpio. de Ixtlahuaca, Edo. de México, mayo de 1972).

Foto: Carlos García Mora

Frontispicio:

Fragmento del *Lienzo de Atlautla*

conservado en San Miguel Atlautla, Edo. de México

Anónimo

Fotografía

Carlos García Mora

1ª edición electrónica, 2017
Tsimarhu Estudio de Etnólogos
wantakwa@gmail.com



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

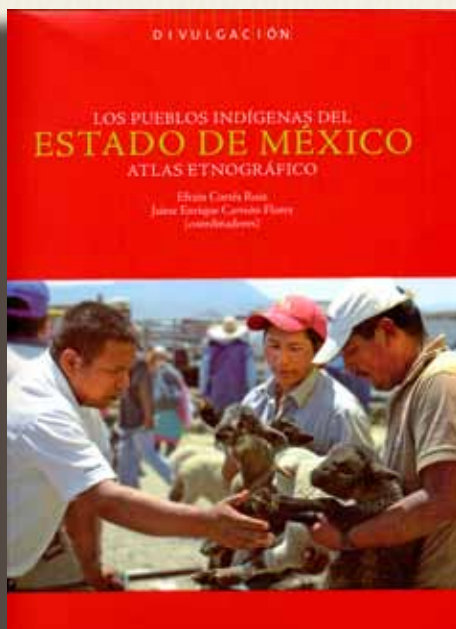
© Registro Safe Creative 1706172628767 (17-junio-2017 UTC)

Presentación



Este fascículo etnológico contiene una reseña bibliográfica comentada del libro Los pueblos indígenas del Estado de México. Atlas etnográfico de varios autores con la coordinación de Efraín Cortés Ruiz y Jaime Enrique Carrón Flores. La reseña aborda algunos de los temas contenidos en la obra y acota comentarios acerca de éstos.





Varios autores: *Los pueblos indígenas del Estado de México. Atlas etnográfico*, coords. Efraín Cortés Ruiz y Jaime Enrique Carreón Flores, introd. Efraín Cortés Ruiz, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de México, Secretaría de Educación, Fondo Editorial Estado de México, 2016, 512 pp. con fts., cds., figs., mps. y gráfs. (Etnografía de los pueblos indígenas de México/Divulgación). ISBN 978-607-484-8213-0.

EN TIEMPOS TAN malos como los que se viven en el país, bien podría reclamársele a los etnólogos poner su atención en los grandes problemas nacionales. Estudiar danzas, fiestas o leyendas parecen tareas menores que despolitizan y hasta ofenden. Sin embargo, cuando la mar está tan embravecida, una que otra nave debe lanzar el ancla de la etnografía para sondear las capas profundas del pueblo; allí donde se mantiene viva la voluntad de que el país siga siendo viable y se consolida la identidad nacional afincada sobre las bases profundas de los pueblos naturales. Mejor aún, si así se los reivindica como cimiento cultural de la nación.

En ese sentido, un nutrido grupo de investigadores preparó un grueso libro que hoy nos asombra por su notable densidad etnográfica. El contenido hace presentes a los pueblos originales que tienen sus asientos en poblados a lo largo y a lo ancho de la geografía mexiquense, incluso en los barrios integrantes de ciudades y cabeceras, amén de que éstas albergan también a migrantes que mantienen sus lazos parentales, agrícolas y religiosos con sus lugares de origen.

Un mérito de la publicación fue el de incluir junto con artículos predominantemente etnográficos, otros acerca de la historia antecedente, tanto la basada en fuentes arqueológicas como la apoyada en documentos de archivo. Como se sabe, etnografía sin pasado deja sin sentido integral las observaciones de campo, de manera que fue una decisión atinada.

El resultado de esta gran empresa antropológica es admirable. La impresionante compilación de estudios resultantes, tal vez nunca antes realizada, proporciona un amplio y denso panorama que permite reconocer al Estado de México como un mosaico de estratos étnicos, así como un ámbito de pueblos originales —predominantemente otomianos y nahuas— que

siempre han estado allí, aunque en el pasado se les ha ignorado. En esta reseña apenas y es posible entretejer algunos de los hilos de la compleja trama que sus autores dejan vislumbrar en sus líneas, aquí entretejidos como el reseñista los fue enlazando independientemente de la sucesión de los capítulos y del orden en el cual están expuestos los temas en el propio libro. A saber.



OBJETIVO. La obra describe la diversidad geográfica, biológica, étnica, económica, social, política, cultural y religiosa del territorio mexicano. Además, deja en claro la existencia desde la antigüedad de asentamientos poliétnicos. Asimismo, muestra la actual articulación entre los poblados y sus respectivas economías y entre éstos y las industrias que han ocupado mano de obra local, como la planta de Industrias Unidas (IUSA) levantada en terrenos de la hacienda de Pastejé en las cercanías de Ixtlahuaca en 1961.

El libro muestra que los pueblos nativos siguen presentes cultivando el maíz sagrado y manteniendo culturas que son un verdadero patrimonio humano, cargado de cosmovisiones que aportan miradas peculiares del entorno, pese a la irrupción de fraccionadoras y empresas venidas de fuera. Ciertamente, el ancestral cultivo del maíz ha continuado evolucionando, ya que apenas pueden percibirse las antiguas formas de cultivo, como el uso de la coa y, sobre todo, de los agroecosistemas de la antigüedad mesoamericana. Una verdadera revolución agrícola se produjo desde el siglo XVI con la introducción de tecnología hispana y de plantas y animales domésticos desconocidos.

En la actualidad, según afirman los antropólogos de la publicación, se percibe un cambio evidente en la economía campesina, pero manteniendo, aunque cada vez menos, el cultivo del maíz articulado con el ciclo religioso cristiano. Por fortuna, las milpas siguen formando parte del campo mexicano. Si el maíz desapareciera sería una catástrofe agrícola, cultural y espiritual de grandes dimensiones y la identidad misma de los pueblos se perdería. Tal vez, los conjuntos demográficos seguirían su vida adaptados a otra economía, a otra organización del trabajo



Foto: coa

Milpa en Santo Domingo de Guzmán, municipio de Ixtlahuaca (mayo de 1972)

Presentación de los animales de trabajo para su bendición en la fiesta de san Isidro Labrador (Santo Domingo de Guzmán, 15 de mayo de 1972)



Foto: coa



Foto: ccm

Yunta mazahua adornada para la fiesta de san Isidro Labrador (Santo Domingo de Guzmán, Edo. de México, mayo de 1972)

y a otra cosmovisión, pero su contribución a la diversidad biológica y cultural se disolvería en la homogeneidad predominante. Tal cosa, nos informan los articulistas, está lejos de haber ocurrido. Con razón afirma un autor: “La estrategia de vida campesina indígena no desaparece, sino que se readapta” (p. 30).



ACOTACIONES. La configuración arbitraria del territorio mexiquense, explicable por diversas circunstancias históricas, encierra al libro en límites que no corresponden ni con la geografía ni con la etnografía. En términos académicos, habría que romper con esa delimitación arbitraria. Así, por ejemplo, el área de Chalco Amecameca ocupa en realidad el oriente de la Cuenca de México, la cual alberga también al hasta hace poco denominado Distrito Federal. Tanto éste como Chalco Amecameca tienen que ser observados en conjunto si se quiere comprender su dinámica geográfica e histórica.

Otro tanto puede decirse del país mazahua que, entrecruzado con el otomí, se extiende hacia al noroeste abarcando el oriente de Michoacán; por lo tanto, es injustificable cercenar ese extremo noroeste en un panorama etnográfico.

Lenguas. Acertadamente, se incluye un panorama de las lenguas naturales habladas en el estado, dedicando particular atención al otomí. En las páginas del libro se proporciona el número de hablantes en los poblados rurales. Queda la duda de la proporción de hablantes avecindados en las ciudades y las cabeceras. Este segundo dato evitaría en los estudios la idea errónea de una división impermeable entre hablantes de lenguas maternas naturales y hablantes de la lengua española materna, cuando que, en parte, están imbricados.

También se habla de desplazamientos lingüísticos en la antigüedad. ¿Realmente ocurrieron o más bien se produjo un bilingüismo o poliglotismo con una lengua predominante? ¿Acaso en los señoríos de la antigüedad no se hablaban dos o tres lenguas? Las alianzas matrimoniales entre señoríos de ascendencias étnicas diferentes debieron implicar el habla de al menos dos lenguas en las casas gobernantes e, incluso, la convivencia de sus respectivos macehuales hablantes de lenguas maternas diferentes.

Ahora bien, ciertamente también es un fenómeno histórico común el uso de lenguas francas que, con el paso del tiempo, van sustituyendo las lenguas originales, tras lo cual se va borrando el recuerdo de que alguna vez se hablaron en la región. En este sentido, cabe preguntarse cuántos de los poblados del Acolhuacan fueron primero otomíes, aunque en el siglo xx se les

encontró hablando náhuatl. Y después, tras un período de transición bilingüe, el náhuatl, a su vez, empezó a ser abandonado.

Algo más, los agradables mapas que localizan las zonas lingüísticas contradicen lo que repiten varios autores: los otomíes y los mazahuas, por ejemplo, viven entreverados. Tal es el caso del valle de Solís en las inmediaciones de Temascalcingo. Sin embargo, los mapas muestran zonas excluyentes. Cabe recalcar, como bien lo dice uno de los autores, que la constante mesoamericana en la antigüedad eran los asentamientos donde convivían hablantes de lenguas diferentes. Teotihuacan es el ejemplo más espectacular, pero no el único.

Por consiguiente, el moderno entreveramiento étnico y lingüístico debe ser huella histórica de una antigua organización territorial y sociopolítica que hay que desentrañar. ¿Acaso se trató de casas señoriales con vasallos multiétnicos establecidos en sus dependencias? De ser así, bien pudo haber señores con guerreros matlatzincas y otomíes guerreando contra otomíes. Así, pudieron enfrentarse otomíes contra otomíes aliados a un clan mexicana, por ejemplo, ya que debió haber otomíes miembros de un clan y otomíes miembros de otro clan rival. De ser así, un relato que describa las configuraciones políticas como luchas entre etnias comete un error. Debe tenerse presente que las etnias, como hoy las entendemos, no eran las categorías organizativas de antaño. No se enfrentaba una etnia contra otra etnia, se enfrentaban señoríos poliétnicos. Por tanto, difícilmente los otomíes actuaron como bloque étnico contra otros bloques étnicos enemigos; más bien, debieron estar integrados en alianzas políticas y militares con hablantes de lenguas diferentes. Si entendemos esto hay que cambiar la percepción equivocada reflejada en el libro.

Otra reflexión viene a cuento. El criterio lingüístico prevaleció en la obra para considerar pueblos originales a los hablantes de alguna lengua nativa. Por ello, se afirma que el nahua es un pueblo minoritario. Sin embargo, ante la casi nula etnografía del área de Chalco Amecameca contenida en las páginas del volumen, éstas ignoran el origen nahua de los numerosos poblados campesinos de esta importante área del oriente mexiquense. ¿Por qué? Si bien se incluyó un magnífico y bien fundado panorama histórico de la configuración de este complejo entramado humano, se interrumpe el relato al entrar el siglo XIX y Chalco desaparece de la obra. ¿Acaso los nahuas se esfumaron? Por haber abandonado su lengua, los estudiosos consideran que se transfiguraron en “mestizos”, cualquier cosa que esa pésima categoría racial quiera decir para ellos. Sin embargo, siguieron allí con sus milpas con maíz-frijol-calabaza, su historia, su cultura, su ciclo religioso, sus mayordomías, sus temascales, sus leyendas, sus danzas, etcétera. Por lo tanto, son poblados nahuas que dejaron



Campeños mazahuas de Santo Domingo de Guzmán, municipio de Ixtlahuaca (mayo de 1972)

de hablar el náhuatl y ahora hablan español rural mexicano... pero nahuas, al fin y al cabo.

Por lo demás, no se puede menos que estar de acuerdo con la posición de Yolanda Lastra respecto de la lamentable pérdida de las lenguas originales, decidida incluso por los propios hablantes. Como ella parece preguntarse, ¿por qué no se mantuvo el bilingüismo adoptando el español como lengua franca y la lengua natural como identidad propia? Lastra, con toda razón, advierte que, al desplazarse las lenguas regionales, lo que se pone en peligro es la diversidad. Encima, quien abandona su lengua se empobrece, pues pierde su participación en la cultura de los abuelos, mientras que el bilingüe tiene acceso a dos universos culturales: el de sus abuelos y el de los hablantes del español.

Antigüedad mesoamericana. Respecto de los antiguos dominios señoriales, tendemos a imaginarlos como territorios continuos, como hoy en día lo son los municipios. Sin embargo, el lector del libro debe recordar que no era así en la antigüedad, pues los señores tenían tierras —y los vasallos asociados a ella— en distintos puntos articulados pero separados físicamente. Estamos entonces ante redes parentales, políticas y militares con cultos particulares, pero con territorios discontinuos o intermitentes.

Dominio novohispano. Un punto interesante mencionado es la liberación de los linajes locales en el siglo XVI al caer el dominio de la Triple Alianza, a la cual estaban sometidos, con sus consecuentes implicaciones. Igual importancia tiene en su posterior derivación: las casas de los linajes gobernantes y sus respectivos señoríos, aunque liberados de dicho dominación y conservando ciertas prerrogativas bajo el régimen novohispano, se vieron obligados a disolver sus integraciones políticas con otros señoríos y a consentir que sus sujetos se transformasen en comunidades autónomas. Éstas se convirtieron en el cimiento del nuevo orden colonial, al constituirse en repúblicas de naturales, de las cuales descenden los actuales poblados y su organización corporativa. Un proceso difícil preñado de diversos conflictos durante varias décadas.

Un aspecto religioso en la fragmentación de las antiguas ligas señoriales fue la implantación de santos patronos cristianos en cada comunidad. Aparentemente, ello supuso la atomización de esos dominios. Sin embargo, desde la antigüedad cada linaje y cada asentamiento debieron tener sus cultos particulares, amén de participar en algunos generalizados. En consecuencia, lo que debió suceder fue la continuidad de una práctica mesoamericana: la adopción por parte de los señores —derrotados en guerras de conquista— de cultos propios de los vencedores y sumados en alguna medida a los suyos.

Interesante hallazgo de uno de los autores: tras la consolidación del régimen novohispano y una vez resueltas las disputas internas entre los antiguos linajes y entre los señores y sus vasallos, emergió la corporación comunal que pervivió hasta el siglo XIX y cuyas secuelas continúan hasta la fecha. No otra cosa son las mayordomías y demás cargos tradicionales, ciclo de fiestas religiosas, música, danza, maíz, historia, leyendas, etcétera: huella viva de las otrora repúblicas de los naturales.

En cambio, el señorío de las cabezas nobles bajo dominio español fue declinando y disolviéndose dando paso al caciquismo de familias advenedizas y clientelistas. Ello fue posible porque se convertía en cacique quien —perteneciendo o no a linajes nobles— conseguía el control de amplias bases sociales. En ocasiones, ellos actuaron arbitrariamente en contra de sus adversarios internos y buscaron su beneficio, el de sus familias y el de aliados avasallando a los macehuales de su propia comunidad. Otro rasgo fue la competencia entre cacicazgos de larga duración y gobernadores cuya función era temporal.

Antecedentes de las estructuras políticas son expuestas en la obra, la cual se refiere a los líderes de los clanes mazahuas con poder político y económico en Atlacomulco beneficiados con el apoyo recíproco de sus bases sociales, a las que trataban paternalmente; así como con el control de la mano de obra, el tributo, la posesión de tierras y las extensas redes sociales sustentadas en compadrazgos, asociaciones y alianzas. Entre sus aliados se contaban españoles entrelazados con las comunidades. ¿Estas alianzas fueron uno de los caminos que permitieron a los españoles o a sus descendientes irse haciendo de tierras y su respectivo control de gente? El lector apenas puede evitar preguntarse si esto nos remite a las raíces del actual bloque político dominante en el Estado de México, cuyo nicho original fue precisamente Atlacomulco.

Respecto de las comunidades, se menciona la infiltración de mulatos y, agreguemos, de españoles empobrecidos o no. Previsiblemente, estos arriados que no eran ni otomíes, ni mazahuas, ni nahuas, ni matlatzincas, terminaron siendo asimilados con todo y su cultura por la comunidad. ¿Ocurrió que, con el tiempo, algunos de ellos o sus descendientes lograran ascender a los cargos del gobierno de alguna república de los naturales? Nada raro habría sido si eso sucedió, pues en algunas regiones de la Nueva España llegaba a suceder que un español criollo o un mulato o sus descendientes llegaran a ser gobernadores de algunas de éstas.

Más adelante, una revolución económica y social producida por la emergencia de las haciendas es referida en el libro que nos ocupa. Unidad productiva de grandes proporciones, la hacienda llegó a ser centro en torno al cual giraron, en varios sentidos, las comunidades campesinas. Ello cambió literalmente el paisaje rural, como atestiguan los paredones de sus casas grandes que aún se ven a todo lo ancho y lo largo del estado. Acaso, guardando las debidas proporciones y las enormes diferencias, ¿puede decirse que la hacienda ocupó como aglutinadora el lugar desocupado por el *altépetl*?

Historia otomí. Los otomíes han estado presentes en numerosos ámbitos desde tiempo inmemorial e integraron el pueblo que cimentó las sociedades mesoamericanas establecidas y desarrolladas en el altiplano. Literalmente, fueron los constructores de su arquitectura. Su fama de expertos albañiles de la que siguen gozando hasta la fecha no es gratuita. El manejo de la albañilería es también una metáfora de su papel histórico. Miguel Othón de Mendizábal lo señaló: en la Cuenca de México, la capa profunda que sostuvo lo que allí se asentó fue otomí.



Foto: ccxix

Oratorio mazahua en San-to Domingo de Guzmán, municipio de Ixtlahuaca (mayo de 1972)

Leyendo el volumen aquí reseñado, cabe preguntarse si los otomíes, además de albañiles, habrán llegado a disponer de arquitectos en la antigüedad. Uno supone que Teotihuacan y México Tenochtitlan, por ejemplo, fueron planificados y diseñados por especialistas de las elites en las casas gobernantes. ¿Habrá arquitectos otomíes reclutados entre esos especialistas?

Todo un hallazgo con múltiples implicaciones es el hecho de que, durante el régimen novohispano, se enviaran agrupaciones otomíes acompañadas de un pequeño núcleo de españoles pertrechados con armas de fuego para establecer fundaciones otomíes, con la misión de contribuir a la defensa del poblado, de su gente y de sus tierras. En vez de encomenderos eran adelantados, cuyo mantenimiento corría a cargo de la comunidad y eran reclutados por el gobierno novohispano interesado en contener lo que consideraba una amenaza: la nación chichimeca. Eso debió implicar una alianza de españoles avecindados con jefes otomíes, ya

que estos no iban como sirvientes o tributarios sino como conquistadores y colonizadores ellos mismos. Como es de suponerse, al paso de los años debieron ocurrir matrimonios interétnicos emparentando a unos con otros. Dado el escaso número de la pequeña minoría de los españoles es plausible la hipótesis de que éstos terminaron otomizados cultural y lingüísticamente. Con el tiempo, españoles criollos —ya integrados a la comunidad— bien pudieron hablar otomí como lengua materna. ¿Hasta qué punto la asimilación demográfica y cultural de esos colonos españoles repercutió en la memoria histórica, las redes parentales, la cultura y la práctica religiosa de las comunidades otomíes?

Una aportación de otra índole es la interpretación de la Leyenda del Señor del Hospital en la provincia de Xilotepec. El libro nos informa que rememora un largo periplo otomí con la imagen de un Cristo. Iniciado por el caudillo Acualmetztli, guerrero ilustrado y curandero cristianizado, fue continuado por sucesivas generaciones. A su vez, la narración alude a los desplazamientos poblacionales y al establecimiento de rutas, alguna de las cuales recorren los escamoleros hasta la fecha. En esta rememoración se percibe la antigua función de escudo humano desempeñado por algunos señoríos otomíes en la antigüedad, de común acuerdo con gobernantes mexicas y luego con los novohispanos.

Un rasgo otomiano, algo descuidado en el medio antropológico hace algunas décadas, fueron los *nítsimi* o *íntimi*, pequeñas capillas que los observadores forasteros presumían, cuando más, altares domésticos levantados en los predios de cada familia. Los antropólogos pioneros encontraron que éstos eran algo más: eran oratorios propios del culto a los ancestros de las familias extensas y a los santos y patronos concebidos como ancestros deificados y moradores de los predios domésticos, así como expresión material de conjuntos

parentales consanguíneos y rituales. En ocasiones, ligados además a redes de santuarios regionales y a sus respectivas peregrinaciones. Construcciones emblemáticas asociadas a linajes y a sus tierras, al culto religioso, a las creencias mágicas y a la cosmovisión otomiana, amén de otorgar identidad parental, comunitaria y religiosa a quienes están relacionados con el oratorio de su parentela. Fascinante develación de un rasgo que aún se creía menor a mediados del siglo xx.

El culto dual a Cristo-María y sus respectivas imágenes asocian oratorios y santuarios, mayordomías y familias que las cuidan, además de imágenes menores presentes en la generalidad de los altares domésticos. Estas imágenes, junto con sus padrinos, deben oír misa en su fiesta, día en que tiene lugar un convite familiar. Ya se sabe: “Santo que no oye misa, no vale”; es decir, imagen de éste que no se lleva al templo para escuchar misa pierde sus atributos. Habría que añadir el muy arraigado culto a los “santos niños” que involucran madrinazgos, culto que se les escapó a los autores.

Por cierto, además del tejido parental implícito en el oratorio, otro autor retoma también la red del parentesco en su estudio acerca de San Jerónimo Amanalco. En su investigación da importante salto cualitativo al ensayar la aplicación del concepto clan cónico y el establecimiento de “la casa” como unidad parental aglutinadora, a la cual está adscrito el territorio y la identidad comunitaria. Como ninguno otro de los autores, enfoca su mirada a la base parental esencial en la fundación de las repúblicas de los naturales bajo el



Procesión ingresando al pueblo de Temascalcingo, Edo. de México

dominio español y en la permanencia de las modernas comunidades campesinas.

Creencias. En el país mazahua, la tierra del venado, los animales montaraces son personajes con atributos sobrenaturales; emisarios de Dios a veces, del Diablo, otras. La serpiente o culebra, que da y quita, es aliada de Xitandaré, patrono del río encarnado en una culebra que otorgó las semillas del maíz y de otras plantas para la subsistencia humana. La *tembayó* es una especie que es dueña de un ojo de agua, a la cual hay que evitar molestar o espantarse al verla; de lo contrario, el ojo de agua se seca. En ocasiones, según la creencia serpentina, aparece en su calidad diabólica, maligna y peligrosa. En ese caso, es preciso matarla para evitar el daño resultante de un encuentro con ella. Otra especie señala dinero oculto, ¿quizás enterrado por el hacendado del viejo régimen? Una más, la *nichi*, es aliada de la mujer engañada, pues castiga a los adúlteros.

El hombre enfrenta a la serpiente aprestando toda su habilidad para obtener el don que otorga o para evitar el daño que produce. Tanto la *tembayó* como la *nichi* están asociadas al cerro, al agua, al Diablo —dueño del cerro y los animales— y al que parece su asociado: el hacendado. Por cierto, llama la atención la extendida presencia del hacendado como personaje de relatos, de danzas y de creencias. Esto debe responder a circunstancias históricas que merecen ser examinadas.

El *miiño* o coyote, personaje ambiguo, pues a veces es maléfico y otras benéfico, es un señor del monte de calidad superior a los otros animales. Su carácter maléfico predomina, pero también otorga dones y su carne tiene poder curativo en dosis moderada. Asociado tanto a Dios como al Diablo y al hacendado, es una criatura primigenia y personaje de mitos de origen. Padre ancestral, acaso engendrador, sancionador cuando es el caso, copulador nocturno de los hombres que derriba. Vengativo. En cierto sentido, reverenciado, trasmisor de fiereza y valentía cuando se come su carne. Quienes los cazan quedan incapacitados para asistir al templo, ya que los afecta su esencia maléfica.

Estadística de afiliación religiosa. Un curioso error se coló en una confusa y mal diseñada tabla estadística de afiliación religiosa incluida en el libro sin ninguna acotación (página 80). En ésta se hace aparecer como judíos a 319 mazahuas y a 11,326 otomíes. Seguramente, esto se debe a un descuido en la edición, pues el judaísmo no hace proselitismo y sus comunidades son cerradas y difícilmente aceptan adherentes. Cuando ocurren matrimonios mixtos puede darse el caso, pero deben acatarse rígidos requisitos.

Danzas. El complejo dancístico mazahua es descrito en la obra como un drama que se extiende en un tiempo cíclico y que se mueve en un espacio que se proyecta hacia los puntos cardinales asociados con la cosmovisión. Así, este complejo expresa el pensamiento comunitario, al tiempo que describe las cualidades de cada rumbo del viento concebidos como los cuatro pétalos de una flor. Los llamados santiagueros, arcos, pastoras, campanitas y moros y cristianos se

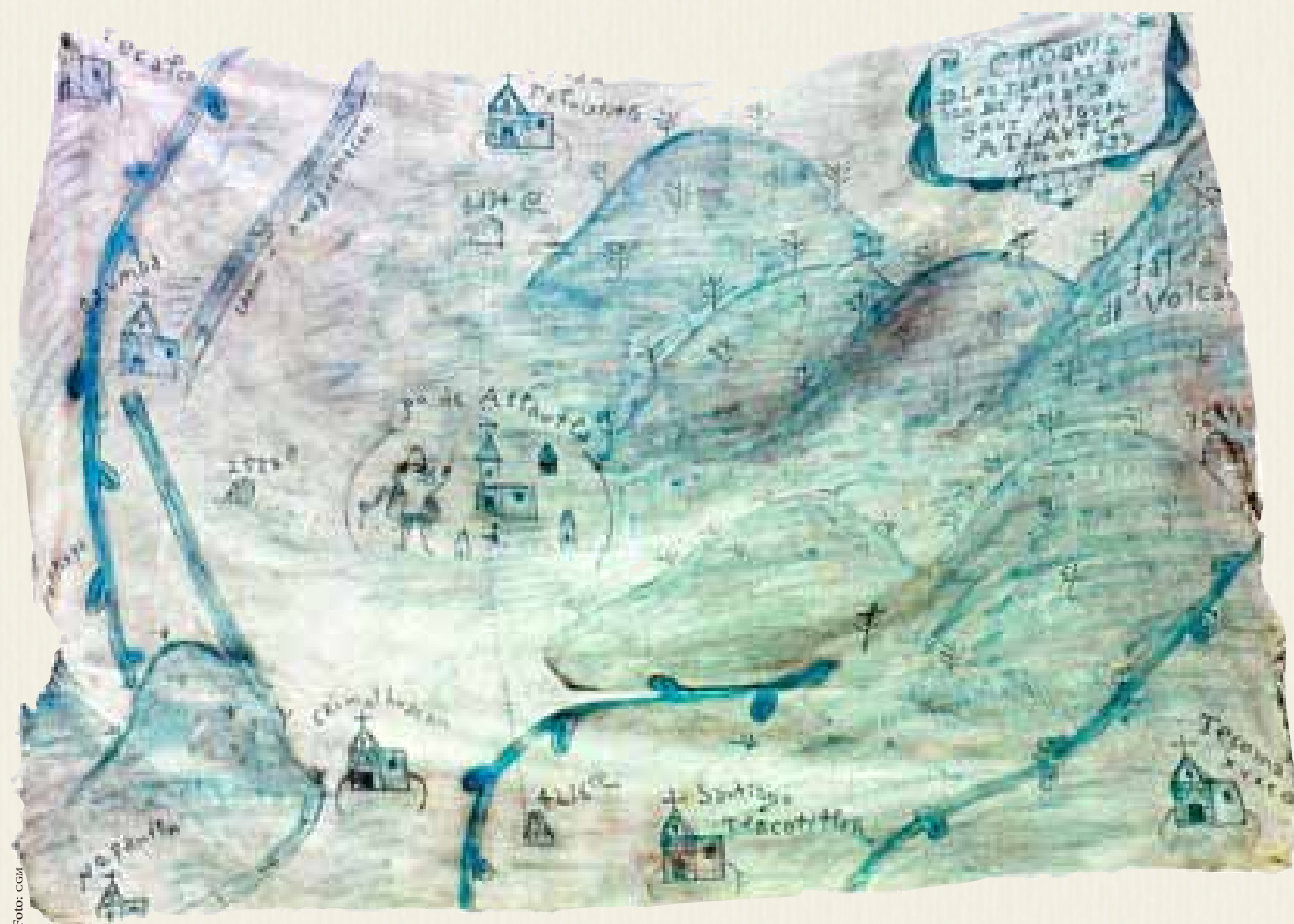
correlacionan en una narración anual, que vincula las danzas con las presentaciones anuales de las imágenes religiosas. Las “campanitas”, integradas por jóvenes y niños tocados con una pluma de gallo que anuncia el Sol, bailan en el Oriente desde que éste sale y comienza el día, tiempo diurno durante el cual la vida da sus primeros avisos. Las “pastoras”, ancianas vestidas como tales, bailan donde se pone el Sol y se inicia el transcurso nocturno, termina el tiempo, acaba la vida y comienza la muerte. Los “arcos” bailan en el viento Sur, donde caen las aguas que benefician a las milpas. Los “santiagueros”, que representan guerreros ricos, bailan en el viento del Norte donde se forman los aires fríos, los cuales amenazan la cosecha maicera.

Una presencia notable en los complejos dancísticos otomianos es la de las “pastorcitas”, quienes también aparecen en otras regiones del país. Dado su carácter mariano, ¿acaso aluden a la cristianización del pueblo mazahua puesto bajo el cuidado de María? ¿Las pastorcitas protegen a las ovejas o hijos de María del diablo coyote que encarna la antigüedad pagana? Por lo tanto, esta danza de pastoras, aparentemente tan modesta y poco vistosa en comparación con “los moros y cristianos”, es más relevante que lo que trasmite su modesta apariencia a los observadores novatos.

Por lo demás, merece una explicación la articulación —subrayada en la obra— de las mayordomías y las danzas. ¿Por qué es así?, ¿acaso se relaciona con una representación social? Un paso más allá de la descripción de tal vínculo consistiría en un desciframiento del sentido histórico de cada danza.

Chalco Amecameca. El valle de Toluca y sus inmediaciones atrapó mayoritariamente la atención de los antropólogos participantes, pero el rumbo del Oriente reclama también su atención: el Chalcayotl hoy Chalco Amecameca. Su importancia e interés residen en que, en la antigüedad, integraron un complejo sociopolítico que Kirchhoff consideró como una Mesoamérica comprimida. Él llegó a pensar que desenredar su estructura daría pistas para entender la mesoamericana en general. Por fortuna, la obra contiene un artículo que describe pormenorizadamente su configuración, en particular durante la antigüedad y el posterior dominio español, haciendo hincapié en los *altepéme* (sing. *altépetl*), centros rectores o conglomerados sociopolíticos, y en la preservación de sus identidades propias pese a estar sometidos a señores comunes.

En este ámbito, se articularon antiguas unidades demográficas con filiaciones étnicas específicas, cada una con una deidad protectora y asociadas a un señor y a lugares míticos. Sin embargo, no parece que se tratara de etnias separadas, sino de agrupamientos poliétnicos y polilingüísticos en un complejo parental de clanes y sus linajes con sus respectivos mitos de origen y la memoria de sus antecesores. En el modesto juicio de quien esto escribe, se comete un error al suponer que sus patronímicos son etnónimos, cuando que varios de ellos pudieron ser hablantes de una misma lengua materna. Más adelante, la reconfiguración novohispana impuso una clasificación racial, con la cual se denominó “indios” a todos los pueblos haciendo caso omiso de sus diferencias étnicas.



Lienzo con la pintura de las tierras de la república de los naturales de San Miguel Atlautla, presumiblemente pintada en 1639 o copiada de una de esa fecha o de su original, conservado en el poblado por sus encargados. En el rótulo se lee: "CROQUIS DE LAS TIERRAS QUE SON DEL PUEBLO DE SANT MIGUEL ATLAUTLA Año de 1639." De arriba hacia la derecha, aparece el poblado de Tecalco al norte, a cuyo costado pasa una corriente de agua, después sube un camino con las huellas de pies desnudos, como era convención representarlo. Luego, aparece San Juan Tehuixtitla(n). Abajo, aparece Ozumba, adonde llega un camino procedente de Chimalhuacan, luego sigue (San Miguel) Atlautla con su templo y sus barrios, junto a la representación del gobernador de su gobierno (con sombrero en la mano y capa a los hombros y pantalón corto). Ligeramente abajo a la izquierda aparecía (San Juan Te)petlixpa. Y en la parte inferior del lienzo, de la derecha a la izquierda, aparece Nepantla, Chimalhuacan, una corriente de agua (que baja de la falda del volcán) Santiago Tlacotitlan y Tecamaxuxco. Entre estos dos últimos baja otra corriente de agua. Asimismo, aparecen las mojoneras unidas por líneas cruzadas de puntos, cuyo centro parte de la cruz atrial del templo de Atlautla, así como el número de varas que separa a cada una de dicha cruz. Otro detalle es la representación de árboles en la parte alta de la falda del volcán Popocatepetl (no mencionado) y de matorrales en la parte baja y en el cerrillo a cuyos pies está Nepantla. Un dato más es la indicación de un pastizal en las inmediaciones de Tlacotitlan en la falda del volcán y entre los dos ríos.

Un dato importante, porque coadyuva a caracterizar los *altepéme*, es que estos eran conjuntos extraterritoriales, por lo que, pese a los continuos movimientos poblacionales, los *altepéme* seguían existiendo. Es decir, los linajes se movían intermitentemente en diferentes territorios pero manteniendo siempre su liga con su *altépetl* y su señorío. Esto, debe suponerse, implicaba disponer de tierras dispersas que permitieran nuevos establecimientos donde los señores se mudaban con todo y sus macehuales, pues tierras sin macehuales eran improductivas. No por nada, los señores cimentaban su poder en el

binomio tierra y mano de obra. De hecho, cuando se perdían los macehuales si estos huían o se dispersaban, el *altépetl* se extinguía.

Algo particularmente sugerente es el establecimiento de familias de las casas de México Tenochtitlan y Tlatelolco en tierras que poseían en Amecameca e inmediaciones, luego de su sangrienta derrota frente a los conquistadores españoles. Ello muestra que los señores dominantes huyeron o emigraron hacia donde ya tenían tierras y gente de su linaje, seguramente ya obtenidas tras derrotar al Chalcatyotl y convertirlo en tributario antes de la invasión española. Si bien es cierto que, cuando cayó la Triple Alianza, los señoríos chalcas recuperaron su relativa autonomía, en el texto se agrega que los señores mexicas y tlatelolcas siguieron recibiendo tributos de vasallos propios, tal vez asentados allí para establecer colonias mexicas. Estas circunstancias encierran una de las claves históricas que se vislumbran en el texto dedicado al Chalcatyotl.

Actividad política en la actualidad. Resultan desalentadores los rasgos de las modernas formaciones políticas, descritas como manipuladoras, con líderes buscadores de puestos y recursos para su beneficio personal y familiar. Así como con plataformas ideológicas que abandonaron las reivindicaciones de clase para sustituirlas por ambiguas reivindicaciones etnicistas. Por cierto, en el libro no se vislumbran clases sociales ni enfrentamiento entre ellas, sólo advierte etnias. Eso tiene una consecuencia: nunca se adentra del todo en la realidad social.



Pintura de los títulos primordiales de San Miguel Atlautla, Edo. de México. Arriba al centro, con una palma y dirigiéndose a un personaje español, el congregador de Atlautla Miguel Axaxallacatzin,



Foto: CGM

Músicos en una festividad de un poblado indentificado del área de Chalco Amecameca



Temazcal de Santa María Huexoculco en las inmediaciones de Chalco, Edo. de México

Por lo demás, alienta saber de movimientos independientes espontáneos. Habría que buscar antecedentes. En los años setenta del pasado siglo, hubo un movimiento que cundió en varios pueblos chalcas, en defensa del agua que se pretendía extraer para llevarla al Distrito Federal. Por lo demás, bien hace la obra en señalar el surgimiento del movimiento de las mujeres mazahuas actuando como protagonistas políticas.



EPÍLOGO. Un hecho positivo que refleja el volumen es la orgullosa identidad mexiquense. Hace unas décadas, aún llamaba la atención que, en el Distrito Federal, los oriundos del estado ocultaran su origen, como si les avergonzara decir de dónde venían. Lo más que se lograba es que se declaran oriundos de Toluca. Hoy, a la distancia, es posible percatarse de que eso ocurría por el racismo de las clases medias y altas urbanas, de manera que decir que se era del estado era tanto como decir que se era “indio”, con la consecuente percepción social despectiva. El calificativo de “tolucos” aplicado a la generalidad debió tener ese sentido. Hoy en día, eso ha cambiado, por una parte y debido a varias circunstancias sociológicas, dejó de disminuirse la dignidad de los ahora llamados mexiquenses (antes se carecía de gentilicio propio) y, por otra, ya no se tiene ese sentimiento de vergüenza de otrora.

Para terminar, regreso a las letras del volumen. Cuando, en este año de 2017, me pusieron este monumental libro sobre mi mesa de trabajo y empecé a hojearlo quedé asombrado: contenía todo un universo, uno que sondeaba las capas profundas de un territorio que, hace unos decenios, había sido ignorado por la antropología. Los antropólogos habían preferido subir a los intrincados

rumbos de las sierras o internarse en las selvas que aún quedaban. Se les escapaba que en la Cuenca de México y sus inmediaciones había todo un mundo por develar. En particular, las tierras mexiquenses estaban pobladas por pueblos portadores de culturas ancestrales, de historias que procedían de muchos siglos e incluso milenios atrás.

Para un etnólogo, abrir la ventana que es este libro es asomarse a un mundo que había estado siempre ahí, a su alrededor, aunque fuera de las luces de los grandes reflectores. A la pobreza y la marginación en que los pueblos mazahuas habían caído, sostuvo alguna vez Efraín Cortés, se había asociado el hecho de que fueran ignorados incluso en los círculos científicos y académicos. Hoy en día, este pueblo y el otomí han sido reivindicados y son ya motivos de numerosos estudios. El libro contribuye a ello. Al hacerlo, el etnólogo no puede menos que quedar deslumbrado con el panorama de los hombres y las mujeres de la geografía mexiquense.

Hasta aquí llega este reseñista, abrumado ante la tarea de examinar este abundante material. El contenido de este tomo explora muchos más valles y rincones del universo mexiquense de los aquí mencionados. El lector sabrá de los graniceros que trabajan con el tiempo, es decir, con el control meteorológico, gracias al don que reciben tras ser tocados por un rayo. También se enterará de otros aspectos de los pueblos mazahua, otomí y matlatzinca; algunos del Acolhuacan, de Ocoyoacac, del Alto Lerma y del Valle de Toluca. Sabrá también del maíz vital concebido como una persona y centro de la cosmovisión, de la lengua nahua, de Teotihuacan en la antigüedad y el presente, y de otros numerosos temas.

El lector puede estar seguro: adentrarse en su lectura será equivalente a emprender varios viajes, sin tener que recurrir a la marihuana, por varios rumbos en verdad llamativos donde habitan los pueblos de la tierra. Tras regresar y cerrar el libro podrá decir con el asombro de etnólogo: “Yo vi...”.



Méritos. Ciertamente, la obra nos pone a la vista abundante información lingüística, arqueológica, etnohistórica y, sobre todo, etnográfica. Además, ofrece una apreciable colección de fotografías etnográficas aportadas por los autores y Óscar Pastor, con imágenes seleccionadas y distribuidas por Fidel Camacho. Didácticos y agradables mapas preparados por Reyes Álvarez. Espectacular edición coordinada por Pedro Molinero y diseñada por Quinta del Agua Ediciones. Y sobre todo, estamos ante un esfuerzo épico de una multitud admirable de investigadores apasionados de su oficio, que emprendieron averiguaciones de campo y archivo, con cuyos resultados escribieron sus textos coordinados por Efraín Cortés y Jaime Enrique Carreón Flores: Reyes Álvarez, Beatriz Albores, Crispín Amador, Juan José Atilano, Desirée Bonardel, Rosa Brambila, Fidel Camacho, Felipe Canuto, Jaime Enrique Carreón, Laura Collin, Efraín Cortés, Julio Encarnación, Marisela Gallegos, Sergio Gómez, Felipe González, María Isabel Hernández, Tomás Jalpa, Leif Korsbaek, Yolanda Lastra, Andrés Latapí, Alfredo Ramírez —q. e. p. d.—, Eduardo Sandoval y María de los Ángeles Velasco.



Fotos: CGM

Jaime Enrique Carreón Flores



Foto: E. C. R.

Efraín Cortés Ruiz

El decano de todos, con más de cinco décadas de incansable etnografía de campo en varias regiones del país, es Efraín Cortés Ruiz. Él, justo hace 50 años, entró por vez primera en contacto con la población mazahua, resultando de ello el que hoy en día es considerado, con toda razón, una obra clásica de la bibliografía mazahua: *San Simón de La Laguna*, publicado en 1972. Se trata del primer estudio exhaustivo del complejo de los oratorios familiares mazahuas —del que antes sólo se disponía de noticias y descripciones escuetas— y de la complejidad del tejido parental y agrario en el cual los oratorios se imbrican como su expresión religiosa y de su cosmovisión. Sirva esta referencia como modesto reconocimiento a la trayectoria del sabio maestro etnógrafo, Efraín Cortés Ruiz, quien, en silencio, ha hilado fino, más allá de las marquesinas, sumergiéndose en las capas profundas, recorriendo el campo, observando y escuchando a los naturales de la tierra.



El fascículo
El universo etnográfico mexiquense
se terminó de editar y formar el 17 de junio
de 2017, en el estudio del autor sito en las in-
mediaciones del pueblo de Tlalpan en la cuen-
ca de México.



